

Lo que no es humor, es tabú

Por Brandon Barrios

Resumen: Este ensayo analiza el humor negro en relación con los tabúes sociales y el correctismo político, explorando cómo ciertas formas de risa operan dentro de los límites culturales de lo aceptable. A partir de las reflexiones de Bergson, Aristóteles y Freud, se examina el humor como un fenómeno capaz de organizar discursos, emociones y modos de enunciación. Además, se describen las figuras del “edgy” y el “rancio”, empleadas para pensar cuándo el humor se transforma en mera provocación o reproduce estereotipos sin conciencia crítica. En conjunto, el ensayo propone una reflexión sobre el lugar del humor negro en la vida social y en las disputas actuales por el lenguaje y la sensibilidad.

Palabras clave: humor negro; corrección política; catarsis.

Sólo estudiando lo morboso se aprende a comprender lo normal

Sigmund Freud, Sobre la psicoterapia

El morbo, en tanto humano, es político, y en tanto político es propio de lo que se llama humano. Parte del morbo consiste en el acto de hacer y recibir humor. Que no exista la risa entre las bestias prueba que “*no hay humor por fuera de lo humano*” (Bergson, *La risa*) y, por lo tanto, tampoco hay morbo entre ellas. ¿Es el morbo en su máscara cotidiana -la incorrección política- y en su forma más cultivada -el humor negro-, una parte necesaria de aquello que los humanos llamamos comunidad y de lo que entendemos por vida?

Por lo pronto, es propio de la identidad humana, y al serlo, es subyacente al Otro (receptor) y al Mismo (emisor). En el vínculo establecido entre ambos por medio del humor ejercido/desplegado en tal o cual situación subyace también aquello que se corresponde con la identidad de una sociedad, a través de la oposición que supone el humor para sus tabúes.

Esto lleva a que el humor revele lo que, en el marco de las discusiones pertinentes a los temas que toque la instancia de su producción y su ejercicio, los sectores ideológicos de una sociedad opuestos entre sí consideran un tabú. Lo cual, por supuesto, obedece a necesidades específicas que aquellos sectores tienen de elaborar relatos que sirvan para el sostén de su ideología y de los tabúes que dicha ideología, sea cual sea, hace de la realidad empírica.

A continuación, en pos de desarrollar lo pertinente a estas problemáticas, se procederá a la enmarcación teórica y la problematización de aquello que se llama humor, apoyando dicha exposición en los aportes de Henri Bergson y Aristóteles, así como en las matizaciones y comentarios que ha elaborado quién escribe este ensayo a partir de sus lecturas.

Bergson, en *La risa*, plantea al humor como uno de los dos subgéneros de la sátira, siendo el otro la ironía. La ironía, para Bergson, domina la oralidad (aunque también puede ser hallada en textos literarios que tengan un componente ensayístico, manifestado principalmente en apreciaciones marginales, como los que se encuentran a menudo en los cuentos de Oscar Wilde) y es caracterizada por ser esencialmente espontánea, ya que responde al tren de pensamiento influido por la situación en la que sus enunciados son llevados a cabo (en el caso de la ironía escrita, lo que funciona como influencia son las vivencias personales del autor, sus posturas ya consolidadas con respecto a los temas sobre los que escribe o bien, los designios que su inconsciente le dicta a la hora de verbalizar su pensamiento). En lo que respecta al humor, a diferencia de su contraparte, la cual se presenta de forma fragmentaria, se presenta como una totalidad articulada, por lo que es más común encontrarlo en productos de ficción que en otras instancias, debido a que, para lograr su

cometido, las distintas partes que componen la obra humorística deben combinarse de manera tal que todas ellas formen un contenido semántico que se sostenga a lo largo de toda la obra.

En pos de continuar la exposición acerca de la problemática del humor a la luz de otras conceptualizaciones, se abandonará a Bergson y se recurrirá a Aristóteles, particularmente a sus teorizaciones presentes en su obra *Retórica*, de la cual se realizará una apropiación y re-significación de su aparato conceptual, en pos de lograr que la teoría aristotélica concerniente al discurso y la argumentación sea puesta en relación con el tema de este ensayo.

El humor, en tanto construcción lingüística verbal y no verbal, es poseedor de un *ethos*, un *pathos* y un *logos*. El *ethos* –la manera en que quien enuncia un discurso se presenta ante su audiencia, incluyendo la vestimenta, la impostación de la voz, el uso de las manos, etcétera– es el tipo de humor que se construye, teniendo en cuenta a qué público se quiere apuntar. Entonces, el *ethos* es el tipo de humor del que el producto humorístico –el chiste, la obra de teatro, la ficción escrita, la caricatura o la película– se vale para lograr sus objetivos, los cuales, se expondrán a continuación a la luz del concepto de *pathos* –el cual hace referencia a las emociones a las que apela quien emite un discurso frente a una audiencia–, es decir de una apelación a determinados sentimientos junto con el objetivo de hacer reír.

Si es humor familiar, su *pathos* estará orientado a lograr conmover al receptor de la obra. Un ejemplo de esto es el humor en las películas de Charles Chaplin. En el caso del humor negro, lo que se busca es lograr que la audiencia llegue a un punto medio entre la ofensa y el divertimento, es decir, que a lo que se apela es al sentimiento de indignación, y esto, a menudo lo hace canalizando sus chistes hacia sectores determinados de la sociedad, cuya distinción del resto pasa principalmente por la pertenencia étnica, religiosa y a un grupo económico-social. Para que este tipo de humor funcione, debe entretener a quien no está representado por el chiste, y a quien sí está representado debe hacerlo reír con cierta sensación de incomodidad para que funcione como una catarsis, gracias a la representación de una problemática concerniente a su comunidad, realizada de manera tal que no resulte demasiado ofensiva (vaya uno a saber qué quiere decir “demasiado” en este caso). El fundamento de este humor radica en que es un intento por lidiar de la mejor manera posible con la miseria ajena o propia, ya sea por contemplar la posibilidad de experimentarla algún día, como por haberla experimentado o estar experimentándola.

En el caso del humor absurdo y del humor bizarro –de los cuales es ejemplo Alex de la Iglesia–, si es que acaso, por tener el mismo objetivo, no son ambos el mismo humor, a lo que se apunta es al sentimiento de extrañamiento y al interés por aquello que se muestra en el contexto en el que se presenta la situación humorística. Este tipo de humor se caracteriza, además, por ser un humor filosófico, ya que obliga al receptor a hacerse la pregunta por el

sentido y el significado de aquello que se le está mostrando. Y no sólo eso, sino que también es filosófico porque contiene a la pregunta por la existencia, porque para brindar una respuesta a dicha pregunta, reinterpreta a la existencia misma como aquello a lo que para serle dado un sentido, primero debe serle retirado el que se le dio por la *doxa*, es decir, el “sentido común”. Y el atentar contra el sentido común, a menudo es un acto filosófico.

Por último, el humor –de nuevo, en tanto discurso verbal y no verbal (corporal)– tiene por componente al *logos* –esto es, en el contexto de la teoría aristotélica, el discurso propiamente dicho: los términos que se usan, la construcción de las oraciones y su extensión–, que es aquello en lo que consiste el chiste enunciado o expuesto por cualquiera de sus emisores.

Pasando ahora a otras problemáticas vinculadas a la cuestión principal de este trabajo, y ya de cara a exponer el motivo que lleva a escribirlo, el cual puede intuirse por el título que lleva, ha de decirse que, a la hora de hablar del humor negro, también corresponde hablar del correctismo político, su más poderoso contrincante.

Lo políticamente correcto es aquello que se dice sin decirse, pero queriendo decirlo mientras que quién habla lo termina afirmando, a la par de que dice aquella otra cosa por la que intenta reemplazar dicha expresión. Por ejemplo, cuando se dice que una persona es “superficial” para no decir que es “hueca”, siendo que, en los contextos de uso de esos términos, “hueca” y “superficial” quieren decir lo mismo, con la diferencia de que “superficial” es un término políticamente correcto y “hueca” no lo es. Esta operación sólo sirve para encubrir problemas sociales, dado que lo que genera es un embellecimiento de aquellos problemas a través de nomenclaturas referenciales a los afectados por las cuestiones correspondientes a cada caso, pero no al problema en sí, sea dicha cuestión algo radicado en ellos mismos o en la relación que el resto de la sociedad establece con esas cuestiones. Por ejemplo, hace unos años, se editó un artículo en un reconocido medio argentino en el que se planteaba que al entonces (¿y ahora?) llamado “portero” de los edificios se le llame “encargado” en pos de agregarle a su trabajo una dignidad que, aparentemente, bajo la nomenclatura anterior, no poseía, como si el problema fuese que el nombre que recibe su profesión no lo hiciera un ser humano digno de respeto y no que el resto de la sociedad, o, mejor dicho, aquella parte que desarrolla profesiones tales que requieren de una formación de grado o terciaria más compleja que la que requiere la del encargado, se sienta (¿secretamente?) superior a él, usando a lo antes mencionado –el cambio de nomenclatura– como purga de dicho sentimiento.

El humor negro –tipo de humor del que este ensayo quiere ocuparse de problematizar y defender– posee tres funciones –que no siempre cumple, como se verá más adelante– y lo hace gracias a que tiene al incorrectismo político dentro de su constitución.

En primer lugar, este humor contiene en sí mismo una denuncia a hechos repudiables y a los problemas sociales porque contribuye a su visibilización y porque ayuda a lidiar con ellos cuando no puede hacerse nada para solucionarlos o cuando aquello que puede hacerse, ha de hacerse en casos futuros de hechos repudiables similares a esos que ya hayan acontecido en el momento en el que se hace referencia a ellos a través del humor.

Hablar de que el humor negro ayuda a lidiar con a los problemas es adelantar en qué consiste la segunda de esas funciones, y es en la catarsis (Freud, *El chiste y su relación con el inconsciente*), la cual, al transformar lo repudiable y lo trágico en humor, logra que quien ejerce esa transformación (quien cuenta el chiste) lidie con aquello de una mejor manera de lo que lo hubiera hecho de no ejercerla.

La tercera función del humor negro es aquella que atañe a la base de lo social, consistente en lograr que las sociedades sean más tolerantes en lo que respecta a las diferencias existentes entre sus miembros, y esto es así, dado que parte del humor negro consiste en burlarse de aquellas diferencias.

El chiste de humor negro más estúpido es aquel que peca de sólo servir como catarsis para quien lo efectúa y no para el resto.

Quien lee se preguntará por qué es necesario poder burlarse de las diferencias. La respuesta que quien escribe puede ofrecerle es lo que se desarrollará en los siguientes párrafos.

Todo es ofensivo. No se puede *ser* sin ofender a alguien por aquello que se es, porque en aquello que se es, reside eso que se representa, lo cual siempre es algo mucho mayor: una ideología, una axiología, un dogma o una cosmovisión, que cuando no son entendidas, tampoco son aceptadas.

Nadie se salva de ser un potencial totalitarista. A lo sumo puede uno salvarse de ser un totalitarista en acto, y esto lo logrará siempre que tenga la disposición y voluntad necesaria para combatir aquel totalitarismo, el cual, la mayor parte del tiempo, alojado y dormido se encuentra en algún lóbrego pero cómodo rincón del inconsciente. En nombre del combate a ese totalitarismo es que cada quien establece un dialogo con lo diferente, además de la absorción de su esencia o de sus matices en la propia persona de uno mismo, para de esta manera lograr la escisión de la propia individualidad. Quien, por ejemplo, trata de consumir productos culturales provenientes de la mayor cantidad de culturas posibles, lo que está tratando de hacer es matizar su relación con su propia cultura, a través de una mejor comprensión de ella, tomando como punto de partida el contraste que esa cultura pueda tener con todas las demás (las consumidas a través de sus productos) y de esa manera, contemplar la totalidad de las cosas, no desde la unicidad que supone la pertenencia a una cultura, sino desde la multiplicidad que supone conocer varias.

Al ensayista responsable de este trabajo se le criticará –probablemente desde posturas mucho más radicales que las suyas– la defensa de la tolerancia como valor. Dicha crítica

probablemente consista en plantear que, al defender la tolerancia, se está siendo parsimonioso e ingenuo ante el mundo del que formamos parte, el cual es uno en el que los extremos parecieran tener cada vez más relevancia que las posturas que intentan superarlos, no conciliarlos (la tendencia antes mencionada hace necesaria que se haga esta última aclaración). Y no sólo eso, sino que también se le adjudicará –siguiendo la misma lógica que en las posibles acusaciones antes mencionadas– el ser como mínimo un reaccionario y como máximo un fascista, como si a alguien de esa calaña le importara, en lo más mínimo, el valor de la tolerancia.

Ante tales posibles acusaciones, se ofrece la siguiente respuesta.

Al problema de la tolerancia como valor, le subyace –principalmente– el problema de la discusión sobre si lo que corresponde ante la alteridad es la tolerancia o la aceptación, como si esos conceptos fuesen una dicotomía. Como quien lee podrá deducir, para quien escribe, dicha dicotomía es falsa, pues la diferencia que hay entre la tolerancia y la aceptación, no es una diferencia esencial, sino una diferencia de grado, y es aquella que hay entre lo teórico y lo práctico. La tolerancia es algo que se *practica* siguiendo los *preceptos teóricos* de la aceptación, la cual, como toda teoría, es un ideal.

La aceptación es el ideal al que la tolerancia aspira, así como la justicia es el ideal al que aspira el derecho y la disciplina es el ideal al que aspiran el hábito y el rigor.

¿Por qué la tolerancia es una práctica pero la aceptación es un ideal? Porque no puede elegirse qué se acepta y qué no, pero ante la necesidad de hacerlo, en pos de convivir con las diferencias que tenemos con nuestros propios semejantes, la tolerancia es algo en lo que cada quién se autoinstruye.

Asómbrese usted al darse cuenta de que aquella instrucción es tan penetrante que es imperceptible. De que la práctica todos los días cuando en un transporte público, en una reunión, o en sus pensamientos alguien hace o dice algo que usted detesta y usted, en lugar de reaccionar *honestamente*, reacciona *civilizadamente*.

Es esa misma auto-instrucción la que se aplica cuando, ante la diferencia más mínima, se tiene la capacidad de hacer un chiste sobre ella. Las circunstancias y palabras para hacer ese chiste, deben ser elegidas con una cautela y una precisión dignas de las que un cirujano tiene al operar, es cierto. Lo mismo aplica para la gente frente a la cual el chiste de humor negro se realiza.

Toca volver a la cuestión por la que este ensayo se interesa, es decir, la relación entre el humor negro, el correctismo político y la realidad social.

Ya explicitando –o ya habiendo explicitado, o al menos sugerido– la toma de posición de quien escribe este ensayo, ha de decirse que el correctismo político, al censurar al humor negro, limita el pensamiento crítico y las formas de hablar de las problemáticas sociales y de

la relación que cada uno tiene con esas problemáticas cuando lo que se tiene es una preocupación realmente genuina.

Invitando a quien quiera desarrollar la cuestión de la territorialidad-subjetividad del humor –esto es, la problemática que atañe a que no sea lo mismo que el humor negro sea ejercido/efectuado por quienes sufren los nudos gordianos a los que hace referencia, que, que lo hagan aquellos a los que tales nudos no afectan–, se planteará a continuación de qué manera el correctismo político atenta contra el pensamiento crítico al boicotear las exposiciones de la realidad brindadas por el tipo de humor ya hartamente mencionado en este trabajo, la cual consiste en que dado que el humor negro no es funcional al relato que los correctistas políticos quieren elaborar de la realidad, hacen todo lo posible para que dicho tipo de humor deje de practicarse. De lo que más se nutre el humor negro, es de los tabúes del correctismo político.

Lo que no es humor, es tabú. Lo que es humor, ¿es banalidad?

Quien escribe este ensayo se inclina por sostener que no, porque sólo es banal aquello de lo que no se habla –o aquello que se intenta silenciar–, dado que es a partir de lo que no se habla que se elaboran relatos políticamente correctos, omisores de los matices de los distintos sujetos a los que el humor negro hace referencia, puesto que los presenta como ideales en lugar de presentarlos como personas.

Los correctistas políticos tienen una visión de los sujetos que dicen representar –y que de sus causas se apropian–, es decir, de los llamados oprimidos –piense usted en cualquier grupo discriminado por su color de piel, su etnia, su sexualidad, su clase social y en el grado de marginalidad en el que todas esas personas viven según el caso– conformada en base a una colectivización ideal unificada, que por no dar lugar a lo múltiple, es decir, a la existencia de excepciones y a la presencia del bien y del mal en los individuos que conforman esa multiplicidad anulada por la ficción de lo único, no puede sostener sus discursos frente a los golpes que la misma realidad les asesta.

Para el correctista político todos los oprimidos son “buenas personas” por el sólo hecho de ser oprimidos. Como si en ellos no existiera también una animalidad que los convierte en seres de carne y hueso, y que de esa animalidad no emergieran las necesidades más urgentes y, con ellas, las actitudes más condenables por nuestra sociedad y por ellos mismos especialmente.

En pos de retomar la cuestión de la supuesta banalización que el humor negro hace de la realidad social, se insistirá en que, por lo mencionado anteriormente en lo que respecta a esta cuestión, el humor negro no banaliza nada porque expone lo que ya de por sí estaba banalizado como tal, y a través de esa exposición, da lugar a un cuestionamiento, a la risa y a la indignación, por lo que la referencia a ese problema supone para quien, en el contexto de enunciación del chiste o de ejecución del acto humorístico, toma el lugar de receptor.

Quien se ríe del chiste de humor negro realiza dos acciones simultáneamente: por un lado, condena los hechos sobre los cuales se apoya el chiste, al reconocer en ellos algo deplorable, y esto se manifiesta en que a menudo aquel receptor, entre risas, insulta –“(risas) ¡Qué hijo de puta! (risas)”- y por el otro lado, porque logra lidiar con el dolor del mundo sin que este afecte su bienestar general y de esa manera no sentirse ni reducido ni apabullado por él y, al sentirse esas dos cosas, ser condenado a la pasividad.

No por elaborar una apología del humor negro se dejará de hacer la problematización correspondiente, tomando en cuenta los matices que mayor pertinencia le parecen tener al autor de este trabajo.

Para el desarrollo de la siguiente cuestión, se utilizarán vocablos pertenecientes principalmente al lunfardo de internet y que sólo de vez en cuando se usan en la vida real (al menos en Argentina). Dichos vocablos –de los cuales al definirlos se propondrá una ontologización de esos términos tal que tengan estatuto de conceptos disciplinares, al menos para que, en el marco de este trabajo, sean leídos con la seriedad adecuada- son “*edgy*” y “*rancio*”.

Un “*edgy*” –expresión usada tanto en el mundo angloparlante como en el hispanófono para designar a alguien que disfruta de ofender o a un producto audiovisual cuyos personajes se caracterizan mayormente por lo agresivos e intensos de sus diálogos- es un individuo que construye una personalidad en base a la provocación y a la ofensa. Apelando, a menudo, a un sentimiento de soledad contra un mundo en el cual quien no es agresivo, ni se deja corromper por algo que ellos metaforizan como una oscuridad, un abismo, un sentimiento de absoluta perdición y angustia, es débil y merece que lo peor le ocurra. Como si para sentir y nombrar todas esas cosas no hiciera falta tener presente la posibilidad de no sentirlas a través de la contemplación de recuerdos y posibles escenarios futuros en los que dichos sentimientos no estuvieron ni estarán presentes y que, gracias a ellos, los sentimientos antes mencionados quedaron/quedarán limitados a momentos particulares de la vida de aquellos individuos y, por ende, relativizados y con su estatus de actitud ante la vida reducido a la cotidianidad de los buenos y los malos días.

El “*rancio*”, en cambio, no es consciente de que sus comentarios o sus chistes son de la naturaleza que son. El “*rancio*” –expresión de uso mayormente argentino para referirse a personas con ideologías propias de un contexto diferente al actual y también a gente con prácticas repudiables ligadas principalmente a la violencia de género- realiza los comentarios que realiza creyendo en su inocencia, aun cuando le es señalado lo contrario. Es decir, que, a diferencia del “*edgy*”, el “*rancio*” no es consciente de lo ofensivos que son sus comentarios y se niega a serlo, y tampoco es consciente de cómo su vocabulario connota aquello que piensa, sobre todo cuando pueden advertirse apreciaciones morales en los términos que usa y en el tono en el que los usa. Para el “*rancio*”, referirse al presunto homosexual que lo atendió en

un comercio como “marica” o “puto” constituye un uso del lenguaje tan formal como cuando dice “por favor” y “gracias” en las situaciones correspondientes.

En lo que concierne al problema de los “*edgys*” y los “rancios” y a la cuestión que ocupa este ensayo, es pertinente plantear, como ya se dijo anteriormente, que el chiste negro más estúpido es el que sólo cumple con la función catártica y que en los dos tipos de casos mencionados anteriormente, lo que acontece es que hay un intento de creación de una personalidad a partir del acto de ofender, lo cual, dentro del contexto actual y en lo que respecta al problema del humor negro -esto es, la cultura de la cancelación, auge de la cultura *woke* en la redes sociales y del correctismo político, en otras palabras, de la autocensura como límite para el debate y pensamiento de lo múltiple- es que lleva consigo la creación de un nuevo sentido común dentro de uno o varios sectores de la sociedad en oposición al sentido común defendido por los defensores de todas o de al menos una de las pseudo-axiologías mencionadas anteriormente en la aclaración hecha entre guiones.

Cuando el humor (negro) se convierte en una personalidad, también se convierte en una cosmovisión propia de aquel sector de la sociedad y aquello acarrea consigo la creación de una subcultura por la cual todos los que pertenecen a ella se sienten representados, nucleados entre sí, y por ende, legitimados por sí mismos, y que, como todas las subculturas, lo que se produce es que aquella subcultura sólo pueda ser entendida por quienes pertenecen a ella, causando así que siempre que manifiesten lo propio de esa subcultura, sean tratados teniendo en cuenta esa manifestación. Teniendo en cuenta este marco, corresponde plantear que, en relación con la problemática del humor y del chiste (negros), se dirá que serán aceptados, tolerados o repudiados según cuanto en común hallen entre sus interlocutores, es decir, los receptores de sus chistes y del resto de los componentes de su humor. Y cuanto hallen en común entre esos receptores estará marcado por la proximidad que ellos (los receptores) sientan hacia sus respectivas subculturas (la de los “*edgys*” y/o la de los “rancios”).

En pos de concluir esta instancia del presente ensayo, se hará y se responderá la siguiente pregunta: ¿son peligrosos los “*edgys*” y los “rancios”? Solamente cuando van a votar, cuando son votados o cuando en el nombre de los valores de algún deporte (la mayoría de las veces, el rugby) matan a alguien.

Una de las últimas cuestiones sobre las que corresponde hablar a la hora de defender el humor negro es la que hace al moralismo. Concretamente, a la idea de que existen morales superiores a otras.

Quienes atacan al humor negro, a menudo lo hacen apelando a la existencia de una moral superior que ha sido divinizada por ellos, y de la cual ellos son representantes. Esto los lleva a reducir sus posturas en los debates correspondientes a cada contexto, alegando que dichos debates, son de índole moral y de esa manera, como ya se dijo en otra oportunidad en

este mismo trabajo, anulan los matices que hacen a la multiplicidad de cuestiones pertinentes a mención y análisis en cualquier debate que se tenga sobre cualquier cosa.

El principal problema concerniente a la superioridad moral es que no existe, que permanentemente prueba su inexistencia y que, a pesar de ello, sus acólitos, ante la falta de comprensión de la realidad social y la falta de la pregunta por la condición humana, continúan rezándole.

Es debido a que *“la peor enemiga de la verdad no son las mentiras, sino las convicciones”* (Nietzsche, *Humano, demasiado humano*) que este y cada ensayo referido a esta cuestión son necesarios para combatir con la espada, el escudo y la armadura de la palabra, la reflexión y el conocimiento meditado de los componentes que constituyen a los laberintos del obrar, sentir y pensar humano, a todos aquellos que por defender un dogma apoyado en una gota de agua, niegan al resto del océano. Antes de continuar, corresponde decir que aquellas armas y protecciones, nunca brindan un conocimiento completo de la totalidad de las cosas, a lo sumo funcionan como guías para elaborar juicios certeros o al menos verosímiles en lo concerniente a los fragmentos de mundo que captan. Habiendo invocado al brío necesario para seguir con la exposición y argumentación del tema principal de este trabajo, corresponde hacerlo.

La moral es algo atado a la historia personal de cada quien y a la ideología que ha formado en base a esa historia.

Que la moral esté atada a la historia personal hace que lo que sea que cada quien condene, sea parsimonioso o célebre, no lo haga por razones que obedecen a un imperativo categórico que funciona como un verdadero regulador de la conducta gracias a su estatuto ontológico privilegiado, sino más bien por una susceptibilidad sujeta a la contingencia como cualquier otra. Por ejemplo, quien no bromea con tales o cuales enfermedades porque las tuvo, o las tuvo alguien cercano a esa persona y por eso tienen problemas con el humor relacionado a ellas, pero no con el que hace referencia a cuestiones igual de graves o peores.

Y que esté sujeta a una ideología se manifiesta en que, a menudo, lo que se considera digno de condena al hablar del humor o de las llamadas “alusiones banales” a los tópicos que se tratan de apartar de la esfera del humor, suele ser aquello con lo que la ideología del que condena no simpatiza, no sólo por ser algo que se opone a esa ideología, sino también porque en el marco de esa oposición, el humor expone una perspectiva referente a una problemática que, por no ser la favorecida por la ideología a la que el humor se está oponiendo en su contexto de *performance*, ha de ser rechazada por el moralista en pos de mantener intacta su postura frente al tema y, con ello, a la ideología que defiende. El humor negro suele exponer algo que el sector ofendido sabe que es cierto, pero que por cuestiones que hacen al correctismo político adoptado por aquel sector y a la manutención de un determinado discurso como instancia argumentativa dadora de recursos simbólicos o materiales, no puede

aceptar como verdadero y tampoco puede mostrarse disfrutando de los chistes con los que se compone aquel humor.

La apelación a la moral como razón suficiente para el cese del humor negro es impertinente, además, porque exige la creencia en lo bueno como abstracción y en lo que se entiende por bueno como regulador universal de la conducta humana, tanto individual como social, y por ende, como fundamento primero de todas las cosas, negando de esta manera a lo múltiple y a lo contingente, al concebirlo como algo que todo el tiempo se remite a una unicidad, a un principio, o a cualquier demiurgo regulador de todos los demás entes, sean físicos o metafísicos, personas o ideas.



Una síntesis de la IA a modo de comic

Las posturas contrarias a la ejecución y recepción del humor que se defienden tomando a la moral como fundamento, sólo pueden ser defendidas por totalitaristas, puesto que sólo un totalitarista puede concebir al bien como algo más allá de toda determinación histórica y material, mientras cree que tanto él como sus semejantes, a pesar de ser el bien poseedor de las características antes mencionadas, han podido encontrarlo gracias a que una

revelación casi divina irrumpió en su sentido común a través del *feed* de alguna de sus cuentas en redes sociales, o algo por el estilo.

A lo anterior se suma el hecho de defender al sentido común no como un regulador de la vida cotidiana, sino como dador de respuestas a problemáticas que, por su complejidad, sólo pueden ser dadas a partir de la interrogación de eso que ellos dan por cierto e inalterable. Y también corresponde agregar que consideran que debido a que son receptores de una verdad revelada, también son sus apóstoles y que, habiéndoseles además dado la misión de imponerle esa verdad al resto de la sociedad, van a hacerlo. El totalitarista moralizador no ataca al humor negro sólo porque le parece correcto hacerlo, sino también porque ve reflejada en él a la razón de sus oponentes.

A continuación, se expondrán las últimas ideas y conclusiones a las que ha llegado quien escribe este ensayo en lo concerniente a la(s) problemática(s) referidas al humor negro y su relación con el resto de los componentes que hacen a la sociedad.

La primera de estas últimas cosas que se dirán es que para que una sociedad conserve sus virtudes, debe poder burlarse de sus defectos.

La función catártica del humor, no por ser catártica es cómplice de aquello de lo que quien practica el humor negro se dice opositor cuando identifica lo que hace como una sátira o una crítica. Su ser catártico prueba además su necesidad para soportar los males que nos agobian tanto a nivel social como a nivel individual, y también para transferirle a las generaciones venideras una manera de ser resiliente apoyada en la convicción de que las contingencias, no por ser trágicas han de dejar de ser cómicas.

Neil Gaiman –en el epígrafe de presentación de su novela *Coraline*– le atribuye a G.K. Chesterton el haber dicho que el valor de los cuentos de hadas no consiste en mostrar que los dragones existen, sino en demostrarnos que pueden ser vencidos. Del mismo modo, quien escribe este ensayo sostiene que el valor del humor negro no consiste en hacer de lo condenable y lo trágico un motivo para reír, sino en mostrarnos que, gracias a eso, ni lo trágico ni lo condenable nos han derrotado. Incluso llega al extremo de mostrarnos que entre la indignación, la tristeza y la amargura también existe el jolgorio, ya que, de lo contrario, nadie podría sonreírle al abismo.